

7-2009

## Danza de los veraneantes

Jesús Campos García

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

---

### Recommended Citation

Campos García, Jesús. (2009) "Danza de los veraneantes," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 23, pp. 347-355.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact [bpancier@conncoll.edu](mailto:bpancier@conncoll.edu).

The views expressed in this paper are solely those of the author.

■ Iban a ser trece, pero se quedaron en siete. Dos están pendientes de lavar y planchar. Y de las cinco que aireé, cuatro se estrenaron y editaron, y tres se reestrenaron y reeditaron, aunque no siempre fueron las mismas: total, un embrollo de inventario. Me refiero a mis Danzas –reescritura de la Danza General–; obras que di a conocer como Danzas de ausencias o De Tránsitos, y que en ambos casos prologaste, estableciendo así un vínculo de padrinzgo. De ahí que me haya parecido oportuno sumarme a este libro homenaje, dedicándote esta Danza de los veraneantes que, tras su estreno en el Museo del Ferrocarril, permanecía inédita.

Para Ángel Berenguer, con mi amistad de tantos años –no diré cuantos– y con el deseo de que sigamos complicándonos vida, como poco, otros tantos.

LA MUERTE, *el ESQUELETO y el HOMBRE DEL SACO*,  
*al son del tambor y la esquila, introducen al público en la sala.*

*Es de noche. Sentado en un banco del parque, un jubilado masculla algo ininteligible mientras escribe en un cuaderno. Viste ropa de verano: sahariana, camisa de manga corta, pantalón de mil rayas, calcetines de hilo y zapatos de rejilla; todo impecable, aunque algo demodé.*

*Pasan coches –se oyen pasar– y, a veces, RAMÓN los sigue con la mirada.*

*Una vez acabado el escrito, arranca la hoja del cuaderno y se la guarda en un bolsillo mientras sigue hablando entre dientes.*

RAMÓN.—¡Bicho! ¡Mal bicho! Un mal bicho, eso es lo que eres. Siempre has sido un mal bicho.

*Y guarda igualmente, aunque en otro bolsillo, bolígrafo y cuaderno, sin dejar su monserga.*

RAMÓN.—Ahora, esto sí que no, esto ya es el colmo; con esto hemos aca-bado. Y te acuerdas, te vas a acordar, vamos que si te acuerdas. Una cosa así, atreverte a hacerme una cosa así. Además, de segundas, porque el año pasado conseguisteis que pareciera... no sé, un malentendido, pero este año... Pobre Luisa. Mejor que haya muerto, que para ver esto, mejor muerta. Si la pobre viviera... A ella sí que la engañaste. Ahora que yo, bien que

se lo decía: “Una mala mujer, una... una víbora”. Y mira, mira tú por dónde, al final van a quedar las cosas claras. Qué digo claras: ¡clarísimas! Más de lo que te esperas. Ya, ya verás. Tanta carantoña, tanta carita buena, que parecía que en su vida hubiera roto un plato, y la muy zorra... (Con énfasis.) ¿Señora? ¡Ja! ¡Señora de...! (Pausa.) Y te lo dije, mira que te lo dije: “Esa va a lo suyo. Un bicho. No te dejes. Mira que te lía. Que te enreda”. Y tú: “Pero si es una niña, pero hombre, mira que eres mal pensado. ¿Pero no ves que es una niña?, ¿qué malicia va a tener?” ¿Qué malicia? Pues ya lo ves. (Pausa.) No tiene corazón, ni... ni sentimientos; nunca tuvo sentimientos. Cuando le interesaba, mientras le interesaba, todo eran atenciones. Se desvivía. En cambio, mira, mira tú ahora. Parece que la estoy viendo, con aquella cara de víctima, dispuesta al sacrificio. ¡Menudo sacrificio!

*Un perro ladra reclamando su atención. A falta de un perro capaz de aprenderse el papel, el espectador deberá imaginar sus acciones a partir de lo que RAMÓN haga o diga. Como es obvio, las réplicas del perro –gruñidos, jadeos o ladridos– estarán grabadas y se reproducirán por distintos altavoces en función de la posición que ocupe en el escenario.*

RAMÓN.—(Dirigiéndose al perro.) ¿Y tú, qué? Tomando el fresco, ¿eh? (Vuelve a lo suyo.) Siempre fuiste muy confiada, y así nos fueron las cosas. Y lo sé, gran parte de la culpa –no creas que no lo sé–, gran parte de la culpa fue mía. Tenía que haberme negado en redondo. Tenía que haberme opuesto a esa boda, por muy urgente que fuera. Lo sé. Pero por no oírte...

*El perro ladra y, tras una pausa, vuelve a ladrar de nuevo.*

RAMÓN.—Hace calor, ¿verdad? Bueno, tampoco hace tan mala noche. Como ha llovido... Se podría dormir; seguro que aquí, en el césped, se podría dormir de maravilla. Probablemente a mí me costaría un ataque de reuma, pero estaría bien dormir aquí; ya lo creo. Al relente.

*Se levanta, se acerca al perro y lo acaricia.*

RAMÓN.—¿Sabes? Cuando era joven –era yo un chaval–, pues un día pasé la noche en un jardín... (por un momento se le ilumina la cara) con una

señora. No sé si estará bien contarle estas cosas a un perro, aunque, claro, tú ya, seguro que estás al cabo de la calle. Debió ser por esta época. Entonces los veranos eran más calurosos. También los inviernos eran mucho más fríos. Todo era más, no sé, como tenía que ser. (*Pausa.*) Bueno, hombre, bueno. (*Nueva pausa.*) Pues sí, en un jardín.

*Se agacha y le rasca la cabeza al perro.*

RAMÓN.—Buen chico, buen chico. Va, que descansas; ahora, a descansar. Ha sido un placer haberte conocido.

*Sigue con la mirada el paso de los coches. Y de nuevo, con resolución, camina por el parque.*

RAMÓN.—Si hay que hacerlo, hay que hacerlo; y cuanto antes, mejor. Además, de nada vale andar dándole vueltas. Estas cosas, lo mejor es hacerlas sin pensar. Eso, sin pensar; que cuanto más se piensa, peor. No no, no puede ser. No va a ser como el año pasado. No tengo que dudar. Esta vez va en serio. Tengo que darle un escarmiento. ¿No le importa, no? ¿No le importa lo que pueda hacer? Pues se va a enterar. A ver cómo se lo explica a esa pandilla de cotorras. ¿Qué espera, eh? ¿Qué se ha creído? ¿Que va a ser como el año pasado? ¿Que todo va a quedar en familia? Apañada va, si piensa eso.

RAMÓN *repara de nuevo en la presencia del perro.*

RAMÓN.—Pero bueno, ¿qué haces aquí todavía?

*El perro le ladra festivo.*

RAMÓN.—¿Qué pasa, que te gusta hacer amis-tades? Míralo, qué sociable. Venga, ale, venga con tu dueño.

*El perro insiste.*

RAMÓN.—¡Venga! ¡Vete! ¿Se puede saber qué es lo que quieres? Anda, vete con tu dueño.

RAMÓN *vuelve a caminar hacia el banco. El perro le sigue. Se detiene y, supuestamente, también lo hace el perro.*

RAMÓN.—Venga, largo, perro. Venga, largo de aquí. (Pausa.) Venga, que te estarán buscando. (Pausa.) Bueno, como quieras.

RAMÓN *vuelve a andar. Cambia de dirección. El perro le sigue. RAMÓN da unos pasos y se detiene. Queda pensativo y se vuelve cariñoso hacia el perro.*

RAMÓN.—¿Qué pasa, estás solo? No tienes donde ir. (*Reacciona*) ¡Gente de mierda! Habría que ir a la playa y barrerlos a todos con una ametralladora. Tanto estudio y tanta cosa para esto. ¿Qué?, se han ido de veraneo, ¿no? (*Acariciándolo.*) Pobre, pobre. Bueno, mira, tampoco tienes por qué preocuparte; tú no tienes por qué preocuparte. ¿Sabes?, eres un perro precioso. Tienes, sí, que hacerte a la idea de que vas a pasarlo mal durante un tiempo, pero después, de aquí a unos meses —o incluso antes—, ya verás cómo alguien se hace cargo de ti. Yo mismo, si pudiera, te llevaría conmigo. De verdad, en serio, no creas que te lo digo por cumplir. (*Acariciándole de nuevo.*) Venga... eh... eh... bonito... Y te dejo, venga, te dejo, que tengo cosas que hacer. (*Dándole una palmada.*) ¡Suerte!

*Se dirige de nuevo hacia el banco. El perro le sigue. RAMÓN, al advertirlo, se vuelve hacia él contrariado, aunque no agresivo.*

RAMÓN.—¿Pero se puede saber qué es lo que quieres? ¡Largo! No puedo hacer na-da. Mira, lo siento, yo... yo no puedo hacer nada. Si llevara comida... Pero no llevo. Así que déjame. Además, tengo que ir... a... a un sitio adonde tú no puedes venir. Venga, lárgate ya.

*El perro se le pone en dos patas y trepa sobre él. RAMÓN retrocede para evitar que le lama la cara.*

RAMÓN.—¡Ah, no, no! Eso sí que no. ¡Quita! ¡Quita!

*Casi se cae. Finalmente, consigue deshacerse del perro.*

RAMÓN.—Pero bueno, qué confianzas.

*Aún se está sacudiendo la ropa cuando el perro vuelve a intentarlo.*

RAMÓN.—¡Maldito chuchó! ¡Quieres estarte quieto? (*Forcejeando.*) Bueno, ya está bien. ¡Que te largues, te he dicho!

*Lo golpea con el bastón, e incluso le tira una piedra para alejarlo. El perro ladra lastimero mientras se marcha.*

RAMÓN.—Lo que me faltaba: además, un perro. (*Vuelve a sacudirse la ropa y se sienta en el banco.*) Es como cuando lo de la bandurria. Cinco asignaturas pendientes que le quedaron aquel verano, que por poco si pierde el curso; yo, con la pleuresía aquella, aunque ya estaba bastante mejor; los líos de la oficina, que fue por aquel entonces cuando lo de la suspensión de pagos, que nunca sabías lo que iba a pasar con la nómina; y, por si fuera poco, la madre que se empeña en que al niño hay que comprarle una bandurria. Y que hubo que comprársela, faltaría más. (Pausa.) Y es que siempre es lo mismo: tienes un problema y, ¡zas!, otro. Y es que cuando las cosas vienen torcidas... Está visto, sí, que los problemas nunca vienen solos. Y todavía, si hubiera sabido reaccionar a tiempo... Pero ése, ése ha sido siempre mi mayor defecto. Y es que no se puede ser blando. Si me hubiera plantado en mis trece, no habría dado lugar a que las cosas llegaran adonde han llegado. Pero claro, tampoco vas a estar todo el día con la estaca en la mano. Y eso, eso es lo que pasa: te vas dejando, te vas dejando... y luego, cuando menos lo esperas, acabas pagando las consecuencias. Y es que se le daban todos los caprichos, al niño había que darle todos los caprichos, y esa no es forma de criar a un niño. No, no lo es. Lo de la bandurria mismo: la ventolera que te entró de que el niño tenía que ser músico. ¡Menudo músico! Porque que tocara en la rondalla del colegio... pues mira, podía pasar. Pero un hijo mío tocando en la tuna... Se me cae la cara de vergüenza cada vez que me acuerdo. Siempre me faltó carácter. Lo sé. Tenía que haberme plantado, y ni bandurria ni gaitas. A quien se le diga: un tío como un castillo y todo el santo día por ahí, tocando la bandurria. Mira, cariño, de verdad: no lo supimos hacer. Que no, que no es forma. Se crió hecho un blandengue, un calzonazos. Y claro, así pasó lo que pasó: que la primera

lagartona que se le cruzó en el camino se hizo con él. Más infeliz que... ¡Ah! Y eso, porque ésa es otra: dándoselas de hombre de mundo. El tuno, hombre de mundo. ¡Ja! Más tonto... Y la niña... La niña, menuda niña, más sobá que la barandilla del metro. Pero claro, tú más infeliz que tu hijo y tu hijo más infeliz que tú... Pues ya ves. (*Pausa.*) Cada vez que me acuerdo... Nada, que ha-bía que casarlo y que había que casarlo. Pues ahí lo tienes: ¡casado! Lástima de niño y de niña, no reventaran los dos. Y al fin y al cabo, el pobre... Pero ella, una serpiente venenosa, eso es lo que es.

*El perro ladra reclamando su atención.*

RAMÓN.—(*Cansado.*) Ya, ya sé que tú también tienes problemas. Todos tenemos problemas. Yo también. Por eso no puedo ayudarte. Lo siento. (*Pausa.*) Claro, como los perros no vais al cine... Si fuerais al cine o vierais la televisión, os enteraríais. ¿Has visto películas de indios?, ¿eh? Pues eso. Cuando los indios ya están viejos, los dejan en medio del desierto y como si nada. ¿No lo sabías? Pues ya lo sabes. Así de terrible o así de fácil, según se mire. Como verás, lo tuyo no es tan grave: eres un perro abandonado, sí, pero un perro joven y fuerte. Sin mirar; fíjate lo que te digo: sin mirar, me cambiaba ahora mismo contigo. Que todos mis problemas fueran los tuyos. No, no digo que tu vida sea fácil, que ya ya, ya sé eso que se dice: “Una vida de perros”. Pero tú, al menos, no tienes que vivir con la nuera. ¿Sabes lo que es vivir con la nuera? Pues esa suerte tienes.

*Vuelve a levantarse y, desentendiéndose del perro, camina hacia el bordillo de la acera.*

RAMÓN.—Ahora, que se va a enterar. Vamos, que si se entera. Que haya vuelto a jugármela otra vez este año... Es que ya es el colmo. Por supuesto que no pienso decirle ni media palabra. Eso es lo que quisiera, que volviera refunfuñando como el año pasado. Pero de eso nada, porque, ¿para qué?, por un oído le entra y por otro le sale... Este año, nada de peleas ni de malas caras; este año se entera. Se va a enterar de quién soy yo.

*Cruzan varios coches que RAMÓN sigue con la mirada.*

RAMÓN.—Y es que le da igual. Ya puedes decir lo que digas, que ella va a lo suyo. Vamos, que no repara en nada ni en nadie. Y bueno, al fin y al cabo, que no me haga caso a mí... Pero con Luis es que es lo mismo: lo tiene, al pobre, hundido por completo. Un cero a la izquierda, eso es lo que es. Que no tiene más vida que trabajar; trabajar, darle el sobre y chitón. Vamos, que no puede decir ni esta boca es mía. Él nunca fue muy allá, las cosas como son, que siempre estuvo muy enmadrado. Y que le falta espíritu. Ahora, no hay derecho, abusar así de una persona, y menos con él, que es que es un buenazo. Tonto de bueno, eso es lo que es.

*Un coche que pasa junto al bordillo a gran velocidad salpica a RAMÓN con agua de un charco. El perro ladra y se aleja corriendo tras el coche.*

RAMÓN.—¡Animal! ¡Loco! ¡Mira por dónde vas! Cómo me ha puesto. ¡El muy...!

*Se sacude el agua que le ha salpicado. Al reparar en la carrera del perro, le llama.*

RAMÓN.—Y tú, perro, ven aquí. A ver si te atropellan. ¡¡Perro!! (*Le silba.*) ¡Perro!

*Vuelve el perro, ladrando y cabriolando a su alrededor.*

RAMÓN.—Muy bien, valiente, así se hace. Buen chico. Sí señor. Buen chico. (*Pausa.*) Es que es de locos, cada cual va a lo suyo. Y de qué manera.

*Se agacha y acaricia la cabeza del perro.*

RAMÓN.—Lo que te decía: el año pasado ya me la hizo. Y yo, tonto de mí, llegué a pensar que había sido sin querer. Vamos, que me había perdido de verdad. Me llevaron al parque a dar una vuelta, me senté a descansar y, en un momento en que me quedé traspuesto, cuando me quise dar cuenta, ya no estaban. Así, como te lo cuento: se habían ido y me habían dejado sin un duro en el bolsillo.

*Se incorpora y camina lentamente hacia el banco.*

RAMÓN.—Andando. Tuve que cruzar todo Madrid andando. Bueno, pues cuando

llegué a la casa, estaba cerrada; ya no estaban allí: se habían marchado de veraneo. Qué vergüenza. La vergüenza que tuve que pasar, dándole explicaciones al portero. Ya ni me acuerdo de lo que le dije para que no se lo figurara. Y luego en las monjas... Bueno, fue humillante. Prefiero no acordarme. Es bochornoso tener que admitir que tiene uno una familia así. Ahora, eso sí, cuando volvieron, había que verlos cómo venían: tan preocupados, buscándome por los albergues de caridad. Menuda hipócrita. A mí se me partía el alma por Luis; estaba el pobre... rojo de vergüenza. Él no es así, pero lo tiene dominado, totalmente anulado. ¡Ah!, y además me controla el tabaco. Es que es tacaña como ella sola. Una cajetilla, me da el dinero justo para una cajetilla por semana. Así no se puede vivir. Y es que es en todo. No es que le estorbe en las vacaciones; es que es en todo. Cualquier cosa que tenga que pagarme, le duele como si se la arrancara de las entrañas. Me han hecho cada cosa... Y eso que no me acuerdo de la mitad, porque se me va la cabeza; pero me han hecho cada cosa...

*Se sienta en el banco y vuelve a acariciar al perro.*

RAMÓN.— Estoy cansado, perro, muy cansado. (*Pausa larga.*) ¿Qué te estaba yo diciendo? (Reacciona.) ¡Ah! Eso, sí, verás: cuando dijo que se había quedado embarazada, yo ya me olí algo raro. Bueno, la verdad es que lo primero que pensé fue: “A saber quién será el padre”. Pero el caso es que ella iba a cazarlo y lo cazó. Iluminó sus ojitos de serpiente encantadora y vamos si le cazó. (Reacciona de nuevo.) ¡Ah!, no, pero no era eso lo que quería contarte, sino lo del embarazo. Y es que, mira tú por dónde, luego resultó que no podía tener hijos. Veinte años casada y todavía estamos esperando al niño de la prisa. O sea, que si yo no hubiera cedido, pues se hubiera descubierto el pastel. Ésa, ésa es la causa de todo: nunca he sabido imponerme. Siempre supe lo que estaba bien y lo que estaba mal, pero jamás he sabido hacerme obedecer. Y no creas que es por debilidad, no, sino por comprensión. Fíjate, para que veas lo que son las cosas: yo sabía, me figuraba, lo que iba a pasar; bueno, la verdad es que no llegué a imaginarme que pudiera atreverse a una cosa así, pero sabía, de eso estaba seguro, que era una mala persona; pues con todo y con eso, me daba lástima; para que veas. De un modo u otro, el caso es que a mí también me enredó. Claro, que a mí es fácil enredarme. Ya

ves, sin ir más lejos, contigo mismo hace un momento: te echo, te digo que te vayas, y aquí me tienes dándote conversación. Y ¿qué vas a hacer? Las cosas son difíciles... para todos. Eso siempre lo he sabido. Y hay que echarse una mano.

*Sigue con la mirada el paso de unos coches. Se incorpora con dificultad y camina una vez más hacia el bordillo.*

RAMÓN.—Estamos muy solos... muy solos. (*Reacciona.*) Te agradezco... De verdad, te agradezco que me hayas hecho compañía. Es un paseo éste muy difícil, y está bien tener cerca a un amigo. Me entiendes, ¿verdad? (*Transición.*) Será divertido. Me gustaría ver cómo les explica a las amigas que se fueron de veraneo y se dejaron al abuelo olvidado en el parque. El año pasado lo consiguió. Consiguió que no se enterara nadie. Pero esta vez va a ser distinto; esta vez va a salir en la prensa. Además, llevo aquí una carta donde lo explico todo. No va a volver a salirse con la suya. Esta vez lo va a saber todo el mundo; ya lo creo. Y va a salir todo, todo va a salir a relucir.

*Se detiene junto al bordillo. Acaricia al perro y este le ladra.*

RAMÓN.—En fin, hasta aquí hemos llegado. Compañero, ahora sí que es verdad que no puedes acompañarme. Te deseo mucha suerte. Eres... eres un buen perro. Y tienes muy buenos sentimientos. Y... muy buen olfato. (Pausa larga.) Gracias.

*Aguarda en silencio hasta que de nuevo pasa un coche. RAMÓN se tira a la calzada. Frenazo, y con RAMÓN aún en el aire: OSCURO. Se oye el golpe y, al instante, LA MUERTE danza sobre la calzada. El cuerpo de RAMÓN ha desaparecido<sup>1</sup>. Aúlla el perro.*

---

<sup>1</sup> En las representaciones efectuadas en el Museo del Ferrocarril, para la desaparición de RAMÓN, el suelo del escenario —que tenía forma de pasarela— se realizó con cintas elásticas en uno de sus extremos —el que representaba la calzada—, de forma que cuando este se lanzaba al paso del coche, su cuerpo desaparecía al instante, pues, introduciéndose entre las cintas, caía a un segundo suelo —también elástico— que amortiguaba el golpe. Con el fin de que, acto seguido, LA MUERTE pudiera danzar sobre la calzada, en una zona, bajo las cintas, había un suelo rígido, con lo que las sospechas de quienes creían haber descubierto el artificio perdían fundamento. Por último, la premura con que las Parcas empujaban a los espectadores para que pasaran a la sala contigua ayudaba a crear la ilusión escénica.